

EL MUNDO

Viernes, 10 de febrero de 2006. Año XVIII. Número: 5.902.

CULTURA

56ª EDICION DEL FESTIVAL DE CINE DE BERLIN

«Sentí que éramos dos trapeceistas, que él me recogía siempre que caía»

URSULA MORENO. Especial para EL MUNDO

BERLIN.- La tragicomedia Tarta de nieve, del galés Marc Evans, que abrió ayer la 56ª edición del Festival Internacional de Cine de Berlín, tenía por misión garantizar el desembarco de dos pesos pesados como Sigourney Weaver y Alan Rickman y dar ese toque de pompa necesario en una gala inaugural como la de anoche. Dieter Kosslick, el hilarante director de la cita, no quiso, sin embargo, quemar su mejor cartucho el primer día -cuando todavía no han calentado motores los periodistas- y esperará hasta hoy para presentar Syriana, de George Clooney.

Tarta de nieve fue, eso sí, un dulce aperitivo intimista, antes de la descarga de cine político que caracteriza a la Berlinale. Weaver y Rickman acudieron a un Berlín que no termina de decidirse entre la lluvia y la nieve, para defender una nueva versión cinematográfica del autismo, que, en palabras de la bella e inteligente Weaver, es una «condición», no una enfermedad. Ayer, en la Potsdamer Platz, después del pase de prensa, explicaba cómo el año en el que preparó su papel ha sido uno de los mejores de su vida. «Me llevó mucho tiempo, pero conté con gran ayuda», explicaba una Weaver, cuyo atuendo -pronunciado escote- contrastaba con el aspecto infantil y aseado que presenta en Tarta de nieve.

De hecho, más de una vez ha admitido Weaver que el papel de Linda ha sido el más difícil de su vida. Con el rostro casi lavado, y demostrando como nadie que la arruga puede ser tremendamente bella, la actriz explicaba ayer que ésta no es «una película sobre autismo, sino sobre una mujer que, además, es autista».

Acostumbrada a encarnar mujeres fuertes y emancipadas, en Tarta de nieve, Weaver da vida a una autista que acaba de perder a su hija, su apoyo y vínculo con el mundo real. Pero incluso en este papel de dependencia, su sinceridad y su determinación le valen el respeto de sus padres y vecinos, en un mundo rural de estrechas miras. Por algo cree la actriz de Alien que las mujeres son «fuertes. Mantenemos el mundo en pie».

Aunque en el caso de Tarta de nieve, el alien es Rickman, que, sin comerlo ni beberlo, entra en el mundo de una mujer incapaz de demostrar sus sentimientos convencionalmente. Su papel es casi revulsivo, explicaba ayer Rickman, para ensalzar al igual que el resto del equipo la labor dramática de su compañera.

Ambos encerrados en sí mismos, cada uno a su manera, supieron sostenerse durante en el rodaje. «Sentí que éramos dos trapeceistas, que él me recogía siempre que caía, y respetaba que no le mirara nunca a los ojos», apuntaba esta veterana militante de Hollywood, que esta semana reconocía al prestigioso Die Zeit ser una feminista -por algo su papel en Gorilas en la niebla- con las ideas claras: «Es iluso pensar que diriges tu carrera», contestaba a la pregunta de por qué elegía papeles duros. «No me hubiera importado hacer historias de amor, pero me considero afortunada encarnando papeles de mujer, ni débiles ni

fuertes».

© Mundinteractivos, S.A.